



Lo que permanece
Andrea Tomé

 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Andrea Tomé, 2022
© de las ilustraciones del final: Xènia Ferrer, 2022
© de los detalles de capítulos: Alejandra Huerga, 2022
© de los detalles ilustrados: YummyBuum, Barandash Karandashich,
Khabarushka, Natali Brillianata / Shutterstock, Alejandra Hg

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2022

Impreso en España / *Printed in Spain*
Técnica Digital Press

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-18440-36-6
Depósito Legal: M-9389-2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Leeré mis libros y beberé café y
escucharé música y daré portazos.*

J.D. SALINGER:
Un chico en Francia

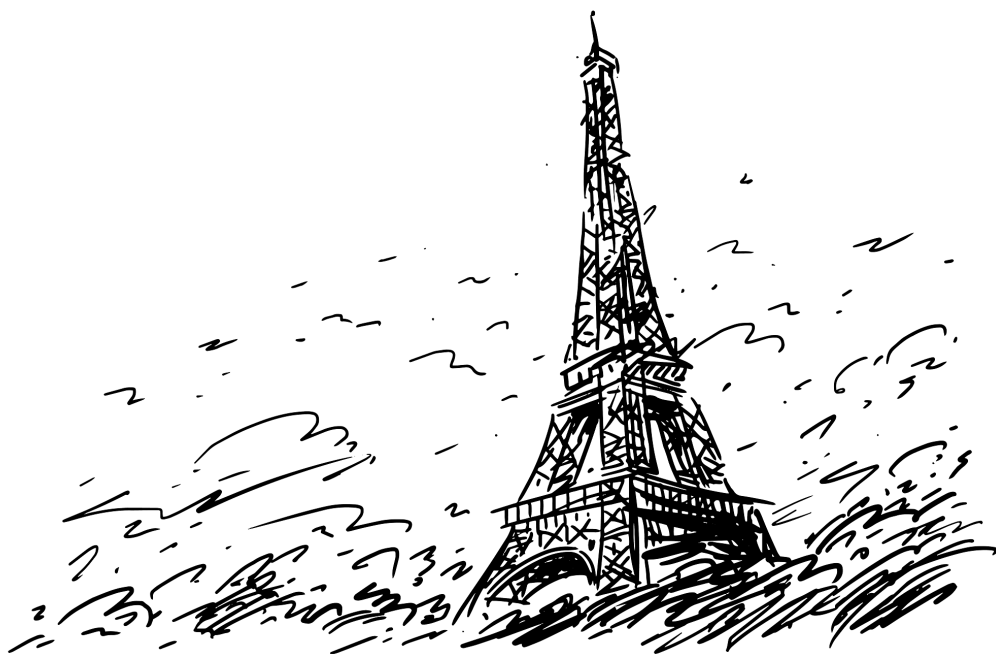
Este cuerpo no es el mío.

ANNA AKHMATOVA:
Beyep



Cómo termina esta historia

- una protesta
- el olor del fuego
- un momento Eureka





Rafael

Por orden de aparición:

1. El calor del fuego.
2. El olor a ceniza.
3. Ese sabor metálico en mis dientes.

París era toda gris y roja. Era los *flashes* de las cámaras y los carteles hechos a mano en la zona común de la facultad y los gritos de *Justice pour Abraham*¹.

Me volví a mi derecha. El pelo de Étienne estaba revuelto; a la luz de las llamas de los disturbios parecía un halo dorado, como el de un ángel o un santo. Él todavía tenía la mascarilla colgando del cuello, donde se la había puesto cuando nos atacaron con el spray de pimienta, y sus ojos y su nariz estaban teñidos de un rojo intenso.

Supongo que Étienne se figuraba que algún día lo llevarían preso. Era siempre el primero en liderar las protestas estudiantiles, el que siempre sabía cuándo algo injusto acababa de ocurrir y por qué debíamos manifestarnos en contra de ello. Tenía un espíritu como si hubiese estado en todas las reivindicaciones importantes de nuestra generación, como el 15M en Madrid, el Black Lives

¹ Justicia por Abraham.

Matter en Ferguson y las protestas contra las armas en Florida. Ahora que de verdad estaba pasando, era aterrador y terrible.

—¡Necesita ir al hospital, no a la cárcel! —chillé, pero ninguno de los policías me escuchó.

Me invadió una sensación muy extraña, como de nostalgia, una especie de fantasma húmedo y frío pegándose a las paredes de mi estómago, y entonces me di cuenta.

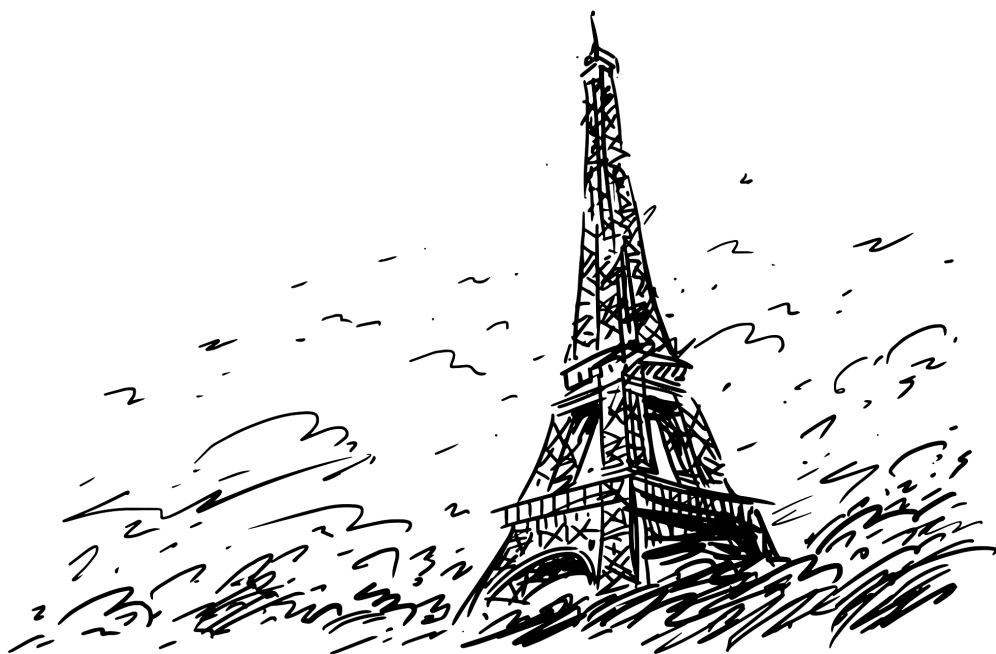
Fue uno de esos momentos Eureka, solo que en la vida real, al menos en mi experiencia, los momentos Eureka no son como una bombilla que se enciende en tu cabeza. Fue más bien como si hubiese estado muy cerca de un cuadro de Monet, tanto que solo podía ver brochazos sin ningún sentido, y ahora empezase a dar pasos hacia atrás hasta conseguir adivinar una escena. Poco a poco, y luego de golpe, todo cobró sentido. Por qué me había equivocado con el pedido del café de Étienne aquel primer día. Aquellos pequeños detalles que intuíamos el uno del otro. Las pesadillas y los ataques de ansiedad.

Todo. Tenía. Sentido.

No era la primera vez que París era toda gris y roja, y tampoco era la primera vez que nosotros la veíamos arder.

Y así es como empieza

- un chico español de Erasmus en París
- la habitación de residencia más pequeña del mundo
- un café equivocado en un falso Starbucks





Rafael

Había oído perfectamente el pedido del chico frente a mí: «Un americano mediano para llevar, por favor». Lo había escuchado perfectamente y, aun así, empecé a preparar otra cosa. En mi defensa, el Étoile & Lièvre se llenaba bastante a aquellas alturas del día, que solían coincidir con las salidas de clase de la mayoría de los estudiantes, en ese ratito muerto entre la uni y las actividades extracurriculares que muchos aprovechaban para reponer sus dosis de cafeína.

Yo no me había apuntado a ninguna actividad, aunque nuestro monitor del Erasmus nos había animado a hacerlo. Parte del trato al que había llegado con mis padres era que tenía que trabajar para pagarme mis gastos porque hacía ya seis meses que papá se había quedado sin trabajo, el puesto de mamá como limpiadora de hospital nos llegaba muy justos y las becas del Gobierno no eran suficientes. En realidad, me sentía bastante culpable por haber insistido tanto en lo del Erasmus, y por eso me había pasado todo mi primer día recorriéndome París hasta encontrar un sitio en el que estuviesen dispuestos a contratar a un español que aún no había cumplido los diecinueve y que tenía aproximadamente cero días de experiencia laboral.

Sospechaba que Matthieu, el dueño de la cafetería Étoile & Lièvre, solo me había aceptado porque su padre era español y había

emigrado a Francia de niño, cuando la Guerra Civil. Creo que yo le daba bastante lástima (me había recorrido todo París en una de esas bicis de alquiler bajo un sol de justicia, así que tenía la cara roja y empapada de sudor). Pero nada de eso me importaba mucho porque tenía un trabajo además de hacer chapuzas en la residencia (algo por lo que no te pagan una barbaridad), así que mis padres ya no tenían que preocuparse tanto por mí.

Tenía trabajo, sí, pero la estaba fastidiando de manera imperial aquella tarde de octubre. Reconocía al chico de haberlo visto un par de veces por la residencia. Tenía el pelo trigueño, revuelto, y medio tapado por la capucha de una sudadera roja; sus ojos carecían de la calidez natural de la mayoría de los tonos castaños, y estaban enmarcados por unas ojeras violáceas y bastante prominentes.

—Un americano mediano para llevar, por favor —dijo, y yo ya estaba estirándome para coger un vaso de papel cuando él me entregó una de esas tazas reutilizables que nos dieron el primer día de universidad.

—¿Y cómo te llamas?

En mi cabeza había sido una pregunta sencilla y típica en la cual mi acento no había salido demasiado a la luz, pero no debía de ser ese el caso, porque cuando me dijo su nombre se tomó la libertad de deletreármelo.

—Étienne. E-T-I...

Le hice el gesto de los pulgares hacia arriba.

—Está bien, lo tengo. Americano mediano para llevar.

Incluso lo repetí, pero me puse a hacer otra cosa. Había mucha gente en el café, y mientras me ponía con el pedido de Étienne (tuve que escribir su nombre en la taza de todos modos porque TODO EL MUNDO usa siempre las mismas) terminaba también el de las chi-

cas de Bellas Artes (siempre sé reconocer a una chica de Bellas Artes) y el de la profesora que había venido con su bebé, y cogía nota de lo que los nuevos clientes querían.

Había aprendido algo más en Étoile & Lièvre que utilizar la máquina de *espresso* o hacer dibujos en la espuma de café. Había aprendido que mi francés no es, de hecho, tan bueno como pensaba, así que estaba un poco hasta arriba y empecé a echarle leche a la taza de Étienne. Mucha leche y solo un poquito de café, como me hacía la abuela cuando yo era pequeño e insistía en que quería desayunar café como ella.

Cuando acabé con el café de Étienne, le entregué su taza y, algo más distraídamente, cinco sobrecitos de azúcar. Después me volví a echarle la nata montada al chocolate caliente que me había pedido la profesora con su bebé, y habría continuado con lo mismo si Étienne no se hubiese aclarado la garganta.

—Disculpa, pero... esto no es lo que he pedido.

Lo miré por encima del hombro. Le había quitado la tapa a su taza y tenía las mejillas encendidas.

—¿Eh? ¿Americano mediano para llevar?

Inclinó la taza de modo que pudiese ver, también, el líquido beige de su interior, que claramente no era un americano.

—¿Tú crees?

Contuve el aliento. No era la primera vez que metía la pata, en parte por el idioma y en parte porque soy un desastre, en Francia, en España y en todos los lugares en los que he estado.

—Oh —parpadeé—. Oh. Lo..., lo siento muchísimo. Espera, te prepararé otra bebida enseguida.

Me acerqué a coger su taza, pero él la apartó.

—No, está bien, está bien. Eh..., esta me gusta también.

—¿Estás seguro? Son bastante distintas.

Ya podía sentir los ojos oscuros de Matthieu en mi nuca.

Étienne asintió.

—Sí, sí.

—Puedo prepararte otra bebida en un minuto.

Y podía ver a Matthieu atendiendo al resto de clientes porque estaba perdiendo una barbaridad de tiempo con Étienne. Estaba metiendo la pata hasta el fondo y solo era mi tercera semana.

—Sí, sí, no te preocupes. Tendrías que tirar esta bebida y... no creo en eso. En desperdiciar la comida y...

—También puedo preparártela en otra taz... —Cerré los ojos y chasqué los dedos—. Tampoco crees en las cosas de usar y tirar.

—No mucho, no. —Frunció el ceño—. Esto está bien, de verdad. —Le echó un último vistazo a los contenidos de la taza—. ¿Es leche de avena?

Me mordí el labio inferior.

—¿Tienes intolerancia a la lactosa?

Alzó la mano que tenía libre.

—¡No! No, no, no. Esto está perfecto. De verdad. —Señaló vagamente en dirección a la puerta—. Y, de todos modos, tengo que hacer algo en un rato...

—¿Sindicato de estudiantes?

Tenía pinta no solo de formar parte, sino además de liderar el sindicato estudiantil.

Alzó una ceja y arqueó las comisuras de los labios (a eso no podía llamársele una sonrisa, no exactamente).

—Gracias. —Bajó la vista para mirar el pin con mi nombre, y entonces me di cuenta de que había estado evitando mantener el contacto visual todo este tiempo—. Rafael.

Lo pronunció a la *francesa*. Raphaël.

Antes de irse dejó una moneda de cincuenta céntimos en la lata que teníamos para las propinas. Lo vi también echar los cinco sobrecitos de azúcar en su café, uno a uno, de manera muy metódica y ordenada, pero no pude prestarle mucha atención porque ya estaba atendiendo al resto de clientes.



Matthieu vino a hablar conmigo en mi descanso, cuando la chica del siguiente turno, Jeanne, atendía a los clientes. Cerró tras de sí la puerta de la trastienda y se sentó a mi lado en una de las cajas de madera en las que el lechero nos traía las botellas de cristal.

—¿Estás bien, Rafa?

Levanté la vista de mi móvil, donde estaba mirando TikToks en bucle en vez de aprovechar mi hora libre para hacer algo productivo como, no sé, ponerme al día con las clases.

Matthieu siempre me llamaba Rafa. Tenía los ojos muy pequeños, de un marrón rojizo (cálidos, no como los de Étienne), y una nariz muy delgada y jorobada que me hacía pensar en el pico de un pájaro.

Arrugué la frente.

—Sí, estoy bien. Muy bien.

—Vivir fuera puede ser difícil a veces —dijo, moviendo la cabeza con mucha pena—. ¿Hablas con tu familia a menudo?

—Eh..., sí. Sí, sí, claro. Mi abuela tiene que ponerme al día con la telenovela.

No se rio ante mi comentario, lo que hizo que mi alarma interior se encendiese. ¡No se reía! ¡Era el fin!

—Tienes que espabilar un poco, Rafa.

Apreté los párpados. ¡Era! ¡El! ¡Fin!

—Por favor, no me despidas.

Matthieu suspiró.

—No voy a despedirte. Pero tienes que ponerte las pilas, ¿vale?

—Se levantó; era altísimo, como metro noventa—. No quiero volver a ver algo como lo de hoy.

Di un golpe de cabeza.

—No te preocupes, jefe. Lo tendré todo bajo control.

—Bien. Y deberías salir a tomar el aire en tus descansos. París es demasiado bonita como para que no salgas de la trastienda.

—Entendido, jefe.



Étienne

No sé por qué pedí un americano aquel día. No me gusta el café cargado, aunque sé que tengo toda la pinta del mítico estudiante pedante adicto a la cafeína. (Lo de pedante es posible que sea verdad. ¿Lo de adicto a la cafeína? ¡Ja!). Bueno, en realidad sí sé por qué pedí el americano. Al alzar la cabeza de la conversación de WhatsApp que tenía con Alex y Soo, mis compañeros de piso de la resi, y mirar al chico al otro lado de la barra tuve una sensación extraña. Como un *déjà vu*. No sé. Pero estaba seguro de que sería del tipo de persona que se reiría de las cantidades obscenas de leche y azúcar que le echo al café, así que en su lugar dije:

—Un americano mediano para llevar, por favor.

En circunstancias normales no me gusta demasiado mantener el contacto visual con nadie, pero con aquel chico (Rafael, según su chapa) especialmente. Seguro que porque él era del tipo de personas que se te quedan mirando con fijeza.

Así que volqué toda mi atención en el grupo de WhatsApp (Soo se preguntaba si la ayudaríamos a meter un hámster de extranjis en su habitación, y Alex intentaba convencerla de que no era la mejor idea del mundo). No separé los ojos del móvil hasta que Rafael me devolvió mi taza de la Sorbona.

—Étienne, americano mediano para llevar.

Separé la tapa para poder echarle todo el azúcar que mi niño de doce años interior necesita y fue entonces cuando me di cuenta de que aquello no era un americano.

Sentí que las mejillas me ardían. Lo que había en la taza era justo lo que habría pedido si no me hubiese invadido esa sensación tan extraña de *déjà vu*, y ver ese líquido beige clarito no me hizo sentir mejor. Me sentía bastante desnudo, en cierto modo, como si Rafael me hubiese leído el pensamiento o algo por el estilo y ahora se estuviese riendo de mí.

Me aclaré la garganta.

—Disculpa, pero... esto no es lo que he pedido.

Rafael dio un respingo y se volvió, escudriñándome por encima del hombro. Incluso entonces, distraído mientras atendía al resto de clientes, tenía esa misma mirada penetrante, como si pudiese ver dentro de mí. Lo cual es algo que, por lo general, intento evitar por todos los medios.

—¿Eh? ¿Americano para llevar?

Para ilustrar mi afirmación, le mostré el interior de la taza.

—¿Tú crees?

Alzó las cejas espesas, que le quedaron escondidas bajo la confusión de rizos oscuros. Sus mejillas, con la sombra de barba de varios días, se pusieron casi tan rojas como las mías. Y entonces me di cuenta de que no se estaba riendo de mí.

Pero eso no era mejor porque no creo en las casualidades.



Así es justo como se lo resumí a Alex al finalizar la sesión del grupo ecologista que habíamos formado en mi primer año de carrera (no el

sindicato estudiantil, pero supongo que se le parece lo suficiente). Dado que nos habían aprobado como sociedad universitaria, teníamos acceso a las salas de la Unión Estudiantil. Estábamos en una de ellas en esos mismos instantes, yo acuclillado en una de las sillas giratorias verde lima, el iPad encendido (y con mi horario de clases del día siguiente) sobre mis rodillas. Alex estaba sentado en la silla frente a la mía y no parecía muy asombrado.

Era una sala sobria y casi clínica, la de la Unión Estudiantil, y habría roto los sueños de cualquier alma romántica que hubiese venido a la Sorbona a realizar sus sueños de vivir una elitista fantasía académica.

No se parecía en absoluto al exterior de la universidad (a su fachada elegante, al clasicismo de sus líneas sólidas), sino más bien al plató de uno de esos programas infantiles que ponen los fines de semana por la mañana.

—A lo mejor para él tenías cara de tomar el café dulce y con leche —repuso Soo, que estaba tirada de espaldas sobre la mesa entre Alex y yo, actualizando la cuenta de Instagram de nuestro grupo (@pasdefutur).

Alex arrugó la nariz. Siempre estaba arrugando la nariz o arqueando las cejas o haciendo cualquier otro pequeño gesto que te dejase claro su postura (escepticismo) ante tus ideas (dudosas).

—De lo único que tiene pinta Étienne es de tomar el café con cocaína.

Soo se incorporó, dejando su móvil de lado.

—¡¡¡Alex!!!

Alex se encogió de hombros.

—Eh, estoy estudiando medicina. No juzgo.

—Pero yo sí —dije—. ¿Sabías que los peces del Támesis se están muriendo porque el agua está hasta arriba de coca?

Alex bajó las cejas.

—¿Por qué tu primer pensamiento va a la calidad del agua y no a, no sé, la salud?

—Yo solo lo dejo caer.

Alex separó los labios, preparándose para añadir algo más, pero le empezó a sonar la alarma del móvil.

—¡Ah, toca estudiar! —suspiró, sacándose el teléfono del bolsillo para apagar ese sonidito infernal—. Ya sabéis, las notas son lo único que me impiden ser la decepción de la familia. Mi prima Charlotte es la guapa; mi primo Abraham, el simpático, y a mí me ha tocado ser el listo.

Me levanté, recogí mi mochila del suelo y me la colgué al hombro.

—¡Espera! ¿Vas a la biblio? Tengo que entregar un trabajo para el jueves.



Hay dos tipos de estudiantes: los que pueden trabajar con los ruidos de fondo de la biblio y los que se llevan los tapones para los oídos. Generalmente pertenezco al primer grupo. Me gustan los ruidos monótonos y predecibles: el pasar de las hojas, los susurros, las risas lejanas, el teclear de los ordenadores. Y sobre todo me gusta escuchar a Alex, que de vez en cuando levanta la vista de su iPad, se quita sus gafas de montura de carey y suelta un comentario aleatorio del estilo de:

—He visto un restaurante de comida ghanesa al venir aquí. ¿Has probado la comida ghanesa? —Antes de que me dé tiempo de contestar—: No me puedo creer que no hayas probado la comida ghanesa. Deberíamos ir un día.

O:

—Hoy me he topado con el tipo más maleducado en el metro. O sea, no es que me espere grandes cosas del metro, pero me pone de los nervios que..., en fin, da igual.

O:

—El niño este del equipo de fútbol me cae muy bien. —Alex es entrenador auxiliar del club juvenil los fines de semana—. Tiene estilo. O sea, es un crío, pero tiene estilo.

Aquel día, sin embargo, no lograba concentrarme en dos palabras de las que me decía. Ni, por supuesto, en el artículo de JStor que tenía delante de mí. No dejaba de pasarme esa cosa tan molesta cuando estás leyendo un texto y te das cuenta de que dejaste de prestar atención al menos tres párrafos atrás, de modo que estás continuamente leyendo lo mismo.

No podía dejar de pensar en aquel estúpido café y en el camarero que me lo había servido. Ni siquiera era un pensamiento consciente, sino una especie de remordimiento que me quemaba por dentro. Cuando no pude soportarlo más, abrí una nueva pestaña de Google y busqué: «Étoile & Lièvre».

Allí, debajo de las fotos de establecimiento y de una página web (en la que también intentaban venderte sus tazas y sus bolsas de tela), encontré el enlace en Yelp. Les di cinco estrellas y escribí una reseña alabando la amabilidad de su camarero Rafael.

Aquello me hizo sentir mejor. Más o menos.



Rafael

Felipe ya estaba en nuestro piso compartido de la residencia cuando llegué. Para mamá, que otro español fuese mi compi era la mayor tragedia que podía haberme ocurrido, después de haberla convencido de que me dejase alquilar la «habitación ahorro» (no nos podíamos permitir otra).

El problema de mi madre con Felipe era, por supuesto, que no iba a poder practicar el idioma con él (como si no lo hiciera de lo lindo en el café). ¿Su problema con la «habitación ahorro»? Bueno, en la página web de la residencia habían sido muy transparentes acerca de su tamaño. Por lo visto, no deberías cogerla si mides metro ochenta o más porque, bueno, no es exactamente el culmen del espacio. Yo mido metro setenta y seis, así que creí que estaría bien. Con énfasis en *creí*, porque la cama estaba tan pegada al armario (que a su vez estaba demasiado cerca de la puerta) y al escritorio que si quería levantarme tenía que hacerlo al estilo vampiro emergiendo de su ataúd.

A Felipe todo aquello le hacía una gracia horrorosa. Muchas cosas le hacían una gracia horrorosa; tenía uno de los mejores sentidos del humor que había visto, además de la mayor colección de pajaritas. Se estaba probando una cuando entré en la cocina y apoyé los patines (mi medio de transporte) contra la mesa plegable.

—¿Estás teniendo una crisis existencial?

Me miró por encima del hombro.

—Tenemos que grabar un vídeo de YouTube.

Desde que nos conocíamos (tres semanas), Felipe y yo llevábamos un canal de YouTube llamado The Mothman Diaries. Iba de conspiraciones, un tema que, como pudimos comprobar la primera noche de fiesta, a ambos nos apasionaba. Aparte de eso, el proyecto era un desastre de principio a fin. Ninguno de los dos tenía ni idea ni de cámaras ni de edición y rara vez nos molestábamos en tener un guion escrito, así que nuestros vídeos estaban llenos de «ums» y «ams» y de digresiones de todo tipo.

¿Para muestra, un botón? Nos pasamos los siguientes diez minutos decidiendo qué vídeo grabar. Yo me decantaba por esos chalados que se infiltraron masivamente en el Área 51, pero Felipe no estaba convencido.

—Todo el mundo ha oído hablar de eso. ¡Ha salido en las noticias! Puse los ojos en blanco.

—Somos un canal de YouTube con treinta y ocho seguidores, no la CNN.

—Cuarenta y dos —precisó sin volverse.

Estaba sacando el trípode para el móvil de su mochila.

Me senté sobre la mesa.

—Oh, ¿así que tus padres y tus hermanos nos siguen también? Qué majos. Volveré a pasar el enlace por el grupo de WhatsApp de mi familia, no te preocupes.

Felipe cogió la cuchara de palo e hizo amago de lanzármela a la cabeza, pero en última instancia la devolvió a su lugar sobre la encimera y suspiró.

—Bah, tienes razón.

—¿En que no somos la CNN?

—En que deberíamos grabar el vídeo ese del Área 51. Total, así no tenemos que perder tiempo relejendo cosas sobre el caso.

¿Veis por qué digo que nuestro canal de YouTube estaba abocado al desastre?

Mientras Felipe preparaba el resto de cosas y las llevaba a la mesita frente al sofá (técnicamente lo único que separaba la «cocina» del «salón» era el tendal), me tiré de espaldas sobre la mesa, me saqué el móvil del bolsillo y me puse a leer mis notificaciones.

Mi madre me preguntaba si estaba comiendo bien. Una chica de mi grupo de clase estaba encima de mí para que entregase ya mi parte del trabajo. Jeanne, de la cafetería, me mandaba un meme.

Dejé que el móvil me cayera sobre el pecho.

—Oye, Felipe, ¿conoces a Étienne? —Felipe era una de esas personas que conocen a todo el mundo—. De la resi. Un rubio alto.

Felipe me miró por encima del tendal. Una arruguita se dibujaba en su frente pecosa.

—¿El que estudia Sociología?

Me encogí de hombros.

—Con rizos —continuó Felipe, caminando hacia mí; tenía el micrófono que compartíamos en la mano—. ¿El presidente del grupo ese contra el cambio climático?

—Suenas como él, sí.

—Fui de fiesta un par de veces con su compi de piso, Alex. —Tiró de mí para que me levantara—. Es un tipo legal, Alex. No sé mucho de Étienne, pero lo sigo en TikTok.

Me entró la risa tonta, algo que Felipe obvió porque ya me estaba arrastrando al sofá en el que grabábamos todos y cada uno de los patéticos vídeos de nuestro canal de YouTube.

—¿Qué hace? ¿Bailes tontos y cosas así?

Felipe prácticamente me estaba llevando en volandas, lo que no tenía tanto mérito porque, bueno, vivíamos en uno de los pisos más pequeños de toda la residencia.

Arrugó la nariz.

—No. Vídeos sobre movidas del cambio climático y de protestas y de cosas así.

Arqueé una ceja.

—¿Puedes usar TikTok para eso?

Felipe puso las manos en alto.

—¡Por lo visto, sí! Si te digo su usuario, ¿me dejarás en paz?

—No quiero saber su usuario.

—Es solo su nombre —se sentó—. Étienne Chastain.

—No quería saberlo —insistí, apartando el cojín (solo teníamos uno) para recostarme a su lado.

—Vale.

—No voy a agregarlo ni nada. O sea, ya me he olvidado de su usuario.

—Vale. ¿Podemos empezar a grabar? Voy a quedarme sin batería.



Étienne

La alarma del móvil me sonó a las nueve y me quité los cascos y arrastré la silla de mi escritorio para coger la caja de Lorazepam de mi cómoda. Todos los días ocurría lo mismo.

Llegaba a casa y cenaba con Alex y Soo, generalmente viendo episodios repetidos de *Friends*. Después grababa todos los vídeos de TikTok que iba a subir durante la semana y, al terminar, me ponía los cascos y escuchaba música mientras pasaba los apuntes a limpio. A las nueve sonaba la alarma y tomaba los ansiolíticos. Media hora de yoga. Después me calentaba un vaso de leche de avena y salía a la calle para beberlo mientras me ponía al día con mis redes sociales o simplemente me quedaba ahí sentado, en las escaleras del piso, disfrutando de las estrellas y de la noche.

No había mucho que ver, de todos modos. Todos los apartamentos de la residencia daban al mismo patio interior: una amplia explanada de piedra donde se encontraban también el aparcamiento de las bicicletas y los cubos de reciclaje.

Podían verse las puertas del resto de apartamentos, y por este motivo reparé en el camarero del Étoile & Lièvre sentado en las escaleras del número 33. Estaba fumando, y fue el propio cigarrillo lo que iluminó su rostro y me permitió reconocerlo.

Voy a ser sincero: no tenía pensado saludarlo. No estaba mirando en mi dirección, así que planeaba concentrarme en mi página de Twitter cuando él cambió de postura y agitó la mano.



Rafael

Otro motivo por el que nuestros vídeos eran malísimos es que ninguno de los dos le prestaba demasiada atención a la edición. Véase el caso: Felipe acucillado ante su portátil, repasando el vídeo que acabábamos de grabar mientras veíamos una película en Netflix (*Corazones de acero*, con Brad Pitt, Shia Labeouf y el chaval ese de *Las ventajas de ser un marginado* y *Percy Jackson*).

No lograba conectar mucho con la película, para ser sincero. Cuando empezaba a entender de qué iba el asunto (algo de unos soldados americanos en la Segunda Guerra Mundial), se me iba la cabeza a otras historias. En particular y por orden de aparición:

El desempleo de papá.

Por qué mi cerebro no funcionaba como un cerebro normal que te permite hacer cosas como, por ejemplo, terminar tu parte del trabajo de grupo de la uni en vez de quedarte leyendo artículos de casos paranormales en la Wikipedia hasta las tres de la mañana.

La bronca que me había echado Matthieu.

Lo mal que me sentía después de casi un mes viviendo a base de pizzas congeladas, menús de 1 € del McDonald's y sándwiches mixtos.

Los kilos de más con los que iba a salir de París.

Cómo se supone que a los de Erasmus nos ponen las cosas fáciles, pero yo estaba seguro de que, además de como un tonel, saldría de París con al menos tres suspensos.

Las películas de guerra no son las mejores para andar distraído. No paraba de saltar en el sofá cada vez que había tiros o una explosión, y acabó siendo algo bastante cansino. Me levanté y rodeé el tendal para coger el paquete de cigarrillos.

—Voy a fumar uno rápido —le dije a Felipe, que no separó los ojos de la(s) pantalla(s).

—Hijo, ¿no sabes que eso es malo para la salud? —repuso con la voz gangosa.

—¡No! ¡Imposible! ¡La primera noticia!

Y cerré la puerta. No me di cuenta de lo mucho que me había molestado el ruido de la película hasta que estuve fuera, rodeado de silencio. Tenía las palmas de las manos cubiertas de sudor. Una reacción bastante desmesurada a las películas bélicas, en mi opinión, pero supongo que es lo que ocurre cuando tu atención no dura más de dos minutos y lo más emocionante que te puede pasar es que te den un euro de propina.

Me encendí el pitillo. Fumar no me hacía sentir mucho mejor y siempre estaba repitiéndome que iba a dejarlo. Y que iba a empezar a cocinar comida de verdad, aunque siempre iba justísimo de dinero (claro que, si dejaba el tabaco, tendría algo más de lo que tirar...). En fin, que estaba pensando en esto cuando oí que se abría una puerta y, al alzar la cabeza, vi a Étienne Chastain salir del apartamento 28.

Llevaba la misma sudadera roja de antes pero con pantalones de pijama, y tenía una taza entre las manos. Traté de ignorarlo y fingir estar muy interesado en el árbol delante de mi apartamento, pero cuando noté que me estaba mirando, alcé el brazo y lo saludé. Como un idiota.